

EL ORIGEN

PACIENTE 0

CESAR ALBARRACIN

“El demonio no es tan negro como es pintado”.

Dante Alighieri

1

La virgen

El sabor metálico en la boca le recordaba su niñez, cuando jugaba en el columpio de la pequeña plaza cerca de la casa de padre. Las niñas mas grandes siempre ocupaban los lugares, y había que esperar a que alguna se cansara para poder subir un rato, y hacer esperar a las niñas mas pequeñas, siempre y cuando, claro, una mayor no reclame el juego, o madre le dijera: “hija, déjale el columpio a la pequeña, que es menor que tu”. Siempre esa mierda de madre de querer guardar las apariencias y quedar bien con todos, incluso con padres desconocidos de niñas aun más desconocidas. Y así, no quedaba mas que esperar. No era muy sociable, así que se apoyaba en uno de los caños metálicos del costado y, casi como en un tic nervioso para manejar la ansiedad, pasaba la lengua lentamente por el caño, en las partes que ya se habían despintado de tantas manos que se alguna vez se posaron en el travesaño.

Esa costumbre se mantuvo cuando creció, y en la secundaria y los primeros años de la universidad, todavía sintiendo esa necesidad de tener un objeto metálico en la boca, el caño paso a ser el juego de llaves. Cuando estudiaba y se concentraba demasiado, inconscientemente metía su mano al bolsillo buscando una llave, y se la llevaba a la boca. Le gustaba sentir la arandela metálica del llavero entre los dientes y jugar con los labios en ella. Algún compañero, enamorado, comenzó a burlarse por eso. En realidad, al joven, ella le parecía hermosa, y utilizaba la burla como una forma de acercarse, de hacerla reír, tocarla en los hombros... Algo inútil, por que las obsesiones de madre por ser un puto referente de buena educación, habían hecho que la niña, ahora un hermoso espécimen de hembra humana, sea bastante reacia a las relaciones con compañeros.

Pero ahora el sabor metálico en la boca no era ni el caño del columpio, ni sus llaves. Y eso eran dos problemas. Primero, el sabor metálico en la boca esta vez era sangre, líquida, tibia y abundante. Segundo, no sabía en donde estaban sus llaves, y ella siempre sabía donde estaban las llaves. Había perdido completamente el control sobre sí misma.

No sabía donde estaba. La venda en los ojos le impedía ver, y algo de tela, quizás un pañuelo, estaba dentro de su boca, apretado con una mordaza, para evitar que lo escupiera. Ella no podía saber el si la sangre en su boca era de los labios, o de algún diente. Solo sabía que el objeto de tela se empapaba de sangre, y en los esfuerzos por gritar, lo presionaba con el paladar, y la sangre se escurría entre algún que otro orificio de la cavidad bucal.

No recordaba nada, solo que había decidido desobedecer a su correcta madre, y salir con una de sus compañeras de la facultad. La excusa fue quedarse a estudiar con Fany. Si su mamá conociera bien a Fany y sus historias, diría que esa chica era una puta por la cantidad de relaciones amorosas que tenía. Probablemente media facultad de lenguas extranjeras habían pasado por sus piernas, sin distinción de sexo. Pero había cuidado mucho que Fany solo fuera una niña bien ante los ojos de madre.

Por la noche unos amigos les escribieron, siempre había chicos escribiéndole a Fany, quizás debido a sus fotos sensuales que amaba cargar en las redes sociales. Las invitaban a salir a un bar a tomar unos tragos, y luego a bailar. Ella no tenía ropa como para salir, pero Fany era mas o menos de su talla, así que luego de una divertida sesión de prueba de ropas, ambas parecían modelos de Instagram. Entre la ropa de Fany estaba su consolador, se llamaba "Pepe", a Fany le encantaba ponerle nombres a esas cosas. Ella, en cambio, nunca había visto uno, y dijo parecerle un espanto mientras su rubia amiga se lo acercaba a la boca y le enseñaba la manera correcta de usar la lengua con maestría en un objeto de ese porte.

Salieron, se encontraron con los chavales, tomaron quizás un par de copas de más en el bar, fueron a bailar, y luego la nada. Ella no recordaba absolutamente nada. Solo flashes. Luces, gente riendo, y la oscuridad.

Primero pensó que soñaba, como cuando era adolescente y se despertaba sin poder moverse, ni

gritar... parálisis nocturna que le llaman algunos, “espíritus de atadura”, decía el párroco de la iglesia a la que iban con madre luego de la separación de padre.

Pero nunca en un sueño había sentido sus manos atadas con algo que parecía ser un precinto de plástico, por que era fuerte, delgado, y le cortaba las muñecas al moverse. Las piernas también estaban atadas. No podía ver, ni gritar, ni soltarse. Solo podía oír.

-Tranquila...-Se dijo-¡Trata de pensar! Si sigues lloriqueando no vas a poder hacer nada.

Siempre fue metódica. Los métodos la habían llevado a ser lo que era. Tenía que volver a sus métodos y reglas para ser, de nuevo, ella. Empezó a usar el pañuelo en su boca como una forma de tranquilizar su mente. La sangre tiene sabor metálico, pues bien, el metal en su boca era su forma de retomar el control.

-¿Dónde estoy?

Estaba en un lugar cerrado y pequeño, por que no podía estirar las piernas del todo, y estaba en movimiento. Era la cajuela de un automóvil. El motor... sentía el ruido del motor... parecía un coche relativamente nuevo. No había olor a humedad, sino a alfombra limpia. El andar era suave. Era un vehículo de alta gama. Por afuera se escuchaban algunos autos, pero ninguna moto. No se había frenado en ninguna esquina. Entonces quizás no había esquina, era una autopista.

-¿Puedes mover tus manos?- Se preguntó.

Podía, pero de forma limitada. Las tenía detrás de su espalda. Intentó pasarlas por detrás de sus piernas, pero los precintos de las muñecas estaban muy presionados, no era posible.

El vehículo bajó la velocidad, y entró en una calle pedregosa.

-¿Qué sabemos?-se dijo-Qué me drogaron y me secuestraron... que Fany no está aquí conmigo, pero si se encuentra bien no se va a dar cuenta de lo que pasó, por que sus resacas duran mucho... Que el auto está llegando a donde sea que me llevan... ¿qué hago?... Este auto es nuevo, es gente de dinero... No me han violado... tengo la ropa puesta... ¿Habría algo en el baúl para defenderme?

Comenzó a tantear con las manos, pero no parecía ser un vehículo que tuviera herramientas o cosas parecidas. Sin embargo, algo apareció. Un tornillo. Por alguna razón había un largo

tornillo para madera que entraba en su puño. Quizás ese tornillo era su salvación. Lo aferró con su mano izquierda. Era zurda, era su mano fuerte. El auto se detuvo. Sintió risas de hombres adultos. Apretó el tornillo hasta que este comenzó a cortarle la palma de la mano. Las voces se acercaban al baúl. La sangre comenzó a bombear fuerte en su pecho. Su respiración comenzó a agitarse mas y mas. Intento tranquilizarse, pero ya su mente perdió el control, y las palabras perdieron forma. Solo quería gritar. Sus ojos se llenaron de lagrimas y su voz ahogada se perdió en los recovecos del pañuelo con sangre.

El baúl se abrió. Eran varios hombres, pero no pudo identificar cuantos. Uno comenzó a acariciar su cabeza, mientras los otros reían. Se escuchó su voz, de hombre adulto, suave, seductora.

-Al fin ha llegado la tercera y última... Es muy bonita. Gracias por traerla... fue una buena cacería...

*“Toda institución reposa sobre una montaña
de secretos”.*

Julian Assange

2

El masón

Pablo salió de la casa donde funcionaba un templo secreto de una logia en Villa Mercedes, segunda ciudad en importancia de la provincia de San Luis, en el centro de Argentina. La ceremonia había terminado, los hermanos y hermanas se habían juntado a comer y beber algo, hablar de política, discutir, reírse, en fin. Estaba contento. Había llegado a pie, pero el maestro ofreció acercarlo en coche hasta su casa. Era tarde.

Apenas salió del recinto se quitó la corbata y se sacó la camisa blanca fuera del pantalón. Odiaba la excesiva formalidad, pero la hermandad exigía cierta conducta de etiqueta que casi le había hecho pensar en que ese no era su lugar. Pero había que intentar.

El maestro era un hombre unos diez años mayor que él. Utilizaba anteojos de marcos delgados, pelo canoso y corto, y gustaba fumar puros. A pesar de ser un venerable, parecía compartir el poco gusto por la formalidad, por lo que se desprendió los botones de las mangas, y se arremangó un poco para descontracturarse. Los hombres subieron al auto.

-¿Vas a tu casa, querido hermano?

-Sí,-contestó Pablo- estoy enganchado con una serie. Quiero terminarla...

La conversación de todo el trayecto hasta la casa de Pablo fue sobre el argumento de la serie, y sobre como había subido el nivel de estas comparados con el de una película. Al llegar a la esquina de la casa, el auto se detuvo bajo un árbol. Las ramas tapaban la luz de la luna llena, y

también la de los faroles del alumbrado público. Pablo acostumbraba bajarse en la esquina para que quien lo llevara no tuviera que dar toda la vuelta a la manzana. La calle donde vivía se cortaba en una de las esquinas, creando una especie de pasaje incómodo para el tránsito.

-Hermano, necesito pedirte un favor...-Dijo el maestro- bah... en realidad es un trabajo

-Sí, por supuesto-Contestó Pablo.

-Recuerdo haber leído en su informe que realizó trabajos de investigación. Tengo... esto es raro... necesito seguir a una persona.

-¿Tiene que ver esto con la logia? Por que tenía entendido que...

El maestro lo cortó en seco. Pablo era relativamente nuevo en la masonería, y no quería confundirlo.

-No, por favor, no. Es un pedido de un hermano masón, pero no tiene que ver con la masonería. Recuerda que no es la masonería la que hace cosas, sino los masones-Recalcó el Maestro para marcar una diferencia- Este es un trabajo privado que me lo pidió un hermano de otro país. Si acepta el trabajo le doy los detalles. Puede llevar un par de semanas, y tendrá que viajar a Buenos Aires.

Pablo reflexionó en su interior unos segundos, sopesando las palabras. Buenos Aires estaba a cerca de ochocientos kilómetros de su ciudad. Implicaba gastos de estadía, pasajes, mas el trabajo. Siendo nuevo en la masonería, había intentado siempre colaborar con sus distintos hermanos en cosas sencillas, para cumplir con el voto de fraternidad pero ese favor, tenía que tener algún atractivo especial tomarlo.

-Por supuesto es un trabajo pago, y con todos los gastos cubiertos.

Eso tranquilizó a Pablo. Tenía algunas actividades para hacer, pero podía modificarlas. Un trabajo de estos podría venirle bien. Además, no era algo que hiciera ya tan seguido. Su economía se basaba en otros negocios, pero la realidad era que la investigación le apasionaba. Le gustaba mucho, le hacía sentirse vivo ir detrás de una persona, especialmente si existía algún peligro en ello. Probablemente era una sed de adrenalina que lo obligaba a escaparse de su cotidianidad cada tanto para realizar alguno de estos trabajos. Gustaba mentir cada tanto a sus

conocidos que se iba a pescar, o a realizar alguna capacitación, para que nada, ni nadie supiera exactamente que es lo que hacía. Mantenía su hobby oculto, solo tomando trabajos por recomendación, mientras se ganaba la vida de los mercados financieros a través de internet. Ni sus mas cercanos podían adivinar las horas que pasaba en las sombras. Solo tenía una regla, como no necesitaba hacerlo para vivir, tomaba solamente casos que le interesaran. Que un venerable maestro masón le ofreciera uno de esos trabajos ya de por sí resultaba interesante.

-Cuénteme.

-Hay un hermano en Francia, es también Venerable Maestro...

Eso ya aumentaba el interés por el trabajo para Pablo, que sintió que el corazón comenzó a latirle un poco mas fuerte, mientras escuchaba el relato.

-...necesita informes sobre una persona que viene a nuestro país. Aparentemente viene a buscar algo, pero no sabemos que és. Tenemos que saber que busca, y donde lo busca.

El maestro tomó una carpeta en papel y se la dio. Pablo pensó en lo extraño que resultaba que alguien te diera documentación escrita e impresa para leer en estos tiempos en que todo se hacía a través de los teléfonos. Pero como obsesivo de la seguridad, el papel le cayó bien. Le despertó incluso cierta nostalgia de películas viejas de cine negro. Abrió la carpeta y comenzó a hojearla. Había fotos del objetivo, tomadas desde lejos, y algo pixeladas en la ampliación, pero claras al fin para reconocer al sujeto. Un hombre calvo, delgado, alto, de ojos celestes y gestos de bonachón. No llamaba la atención salvo por su mirada. Ropa sencilla, demasiado común. Si se lo cruzara en la calle, salvo por los ojos, no resaltaría en nada.

El maestro continuó hablando.

-Este hombre llegará en dos días hasta el aeropuerto de Ezeiza, y de ahí tomará un taxi a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Sabemos que camina un poco, toma un café en algún bar de la peatonal, baja hasta la plaza San Martín, alimenta a las palomas, y luego sigue hasta la Estación Terminal de ómnibus de Retiro. En el informe de llegada está la hora aproximada.

-Tiene demasiada información, maestro. Y por lo que me está contando pareciera ser alguien que busca tomar precauciones para no ser perseguido. El tipo de informe es muy correcto. ¿Esto es

algo policial? ¿De inteligencia? ¿En qué nos estamos metiendo?.

El maestro suspiró. Pablo era inteligente. Eso necesitaba para un trabajo de este tipo.

-No puedo decirte mucho. Solo que nosotros hacemos una parte del trabajo. Hay otra gente encargada de la primera parte...

Pablo lo cortó.

-Esto es inteligencia... no tengo problemas en hacerlo, pero me gustaría saber por que no usan gente de inteligencia, o un privado de Buenos Aires. Quiero saber a que nivel me tengo que cuidar.

-Me parece justo-acotó el Venerable Maestro- Efectivamente es inteligencia, pero la persona que te contrata no confía en nadie. Buenos Aires es la ciudad de Sudamérica que mas espías tiene en sus calles. No puede utilizarse nadie que sea conocido o que figure en algún registro o que pueda ser reconocido por algún software de reconocimiento facial... -El maestro tomó su teléfono y marco algunas cosas. El teléfono de Pablo vibró- Acabo de hacerte una transferencia bancaria de seis cifras... Lee el archivo, averigua donde se dirige, y vemos hasta donde seguimos con el trabajo. En una semana nos olvidamos completamente de lo que hicimos.

Pablo chequeó su teléfono. El número era más que interesante.

-Una cosa más-Agregó el maestro-no hace falta aclararlo, pero ni siquiera los hermanos de la logia deben saber de esto.

Pablo asintió con la cabeza.

*“Todo poder es una violencia ejercida sobre
las personas”.*

Mijail Bulgákov

3

El club dentro del club.

¿Sabes donde se encuentra el verdadero poder del mundo? No, no lo sabes. Salvo que seas uno de ellos, jamás lo vas a saber. El poder no está en ser presidente del país mas fuerte del mundo, ni en presidir el FMI. No, el poder verdadero nunca se muestra a los ojos. El cerebro no muestra los puños, los maneja.

Exponer el poder hace que quienes quieren ser poderosos vayan por tu cabeza, y quienes no lo quieren ser, tarde o temprano intentan dejar de estar debajo de ti. Por eso el ciclo de los imperios. Todo imperio cae. Claro que, si eres realmente inteligente, si eres parte de ellos, esto ya lo sabes. Sabes que los ciclos de la humanidad se repiten vez tras vez. Entonces no hace falta enfrentar un ciclo, lo que haces es provocarlo, digitarlo, poner suficientes bombas en la estructura del edificio que va a caer para que no lo haga sobre ti. Prepararse para comprar barato el cemento y el hierro que van a tener que utilizar para reconstruir el edificio, las máquinas excavadoras, y hasta los ataúdes de quienes morirán cuando se derrumbe. Después pones gente a

llorar, lloras tu, y aquí no ha pasado nada.

Joseph Retinger ideó un plan para juntar a las mentes mas poderosas del mundo. Un foro de personas que si se alineaban en la misma dirección podrían hacer que la humanidad llegara a sus apogeos de la mejor manera. Masón, Jesuita, agente de la CIA. El misterio envuelve en un manto entre oscuro y brillante la genialidad de Retinger.

Pero no vamos a hablar del club Bilderberg. De eso ya hay mucha bibliografía dando vueltas por el mundo. Vamos a hablar de “El Club dentro del Club”.

Bilderberg sirve para unir a las mentes mas poderosas, pero allí también hay reclutadores de un grupo aun mas selecto, que se sientan a beber con el nuevo candidato y lo invitan a otra reunión.

Dios los cría, y el viento los amontona, reza el refrán.

Esa reunión, de la que la mayoría de los miembros del Bilderberg no tienen ni la mas remota idea, sirve para destapar whisky Macallán, en botellas que no se encuentran en ninguna subasta, fumar un par de puros Gurkha Cigars, hasta que las máscaras se caigan, y las palabras puedan salir desnudas.

Cuando se recibe la invitación, personal y de boca a boca, el anfitrión indica el lugar. Por lo general es una cabaña cercana a las reuniones del club. Se cita a los jefes de seguridad de cada uno de los invitados, que ingresan al lugar horas antes y realizan una inspección completa todos juntos para asegurarse de que no haya micrófonos ni cámaras de ningún tipo. Se inyecta un perímetro en las paredes, un artefacto que inyecta de manera sonora un ruido digital que impide que cualquier satélite pueda captar lo que sucede en el interior de la casa. Los lugares a escoger son abiertos, cabañas con árboles alrededor, pero con una gran explanada hasta ellos. Esto permite que una vez realizada la inspección, encendido el perímetro, y los inhibidores de señal, los jefes de seguridad se aleje hasta un punto en el que desde la distancia puedan ver el lugar, sin que nadie se acerque.

Los invitados llegan todos a la vez, tranquilos. Los vehículos se alejan, y los invitados pueden relajarse sabiendo que nada de lo que se diga allí adentro se filtrará de ninguna forma al exterior.

Pueden hablar absolutamente todo, lo que sea, hasta lo mas peligroso, que es lo que generalmente

se habla. No solo hay un pacto de silencio entre ellos, sino que el nivel de poder de cada uno es tan grande, que saben que delatar a un compañero de ese grupo implicaría una guerra entre ellos mucho mas grande de lo que cualquiera podría soportar, y si varios se unen, es todavía peor.

En esa mesa chica, que no supera las diez personas, se cuentan con claridad los planes para el mundo, se delira las formas mas ingeniosas o totalmente fantasiosas, y después cada uno de ellos hace lo que tiene que hacer para cumplir su objetivo, sin volver a juntarse ni siquiera hablar con cualquiera de los otros. Como implementan la parte que a cada uno de ellos les toca, es exclusividad del ejecutor. Todos tienen el dinero, el poder y los medios para hacer hasta lo no imaginado.

En esas reuniones se plantean desde la posibilidad de los viajes dimensionales hasta las guerras biológicas...

*“Si te sientes en soledad cuando estás solo,
estás en mala compañía”.*

Jean-Paul Sartre

4

El hombre

Hans era un hombre sencillo en apariencia. Rondaba los setenta años, ya. Su cuerpo era delgado y huesudo. Sus ojos eran celestes y tristes. Ya casi no tenía cabello, y los que le quedaban en las sienes eran escasos y blancos. Su espalda ya se había encovado un poco con el paso de los años, y eso disimulaba la estatura que alguna vez supo ostentar. Era un hombre de la vieja escuela. Usaba jeans que, por más que fueran nuevos, en el parecían viejos. También llevaba camisas a cuadros, metidas dentro del pantalón, y camperas por lo general de color en tonalidades verdes o grises. Su rostro por lo general era triste, sin embargo si alguien le cruzaba la mirada, sonreía, y saludaba con un leve gesto agachando la cabeza, sumisamente. Le gustaba fumar un cigarrillo cada tanto, sentado en una plaza, y el objeto le quedaba extraño en las manos.

Eso era Hans en apariencia. Sencillo. Común. Alguien que no recordarías. Pero fuera de las apariencias, Hans era algo mas complicado. Fue espía para el Bundesnachrichtendienst, mas conocido como B.N.D., el Servicio de Inteligencia Alemán, donde según los registros oficiales de su expediente, comenzó su carrera en Marzo de 1966. Cumplió misiones de espionaje y contraespionaje prácticamente en todo el mundo, hasta que de tanto viajar y cambiar de banderas, se terminó olvidando en su corazón si pertenecía o no a una. Hans se suponía que había quedado fuera de servicio, pero en realidad, un cambio de administración sencillamente se olvidó de él, y a

él le importó poco. Sabía sobrevivir, tenía económicamente solventada su jubilación, no necesitaba de nada ni de nadie. Seguía trabajando, ahora en el ambiente privado, para algunos importantes contactos que sabían ver mas allá de las apariencias, y que sabían que tras su perfil común había un agente altamente efectivo, y con una extraordinaria particularidad en su parca forma de ser: no tenía escrúpulos. Hans mataba, torturaba, o simplemente observaba, según lo que hiciera falta, y lo hacía bien. Su personalidad psicopática lo hacía no sentir absolutamente nada en cumplimiento de una misión. Solo le interesaba terminar, sin correr ningún riesgo de su parte, y volver a desaparecer.

Hans llegó a Argentina, luego de haber cumplido un encargo privado en Sierra Leona, y en su fuero interno estaba feliz. Viajo en un vuelo económico que venía desde Europa, descendió en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, y tomo un taxi hasta el corazón de la ciudad de Buenos Aires. Fue hasta la plaza Miserere para caminar por el barrio de Once y comprar algo de ropa y un bolso nuevo y barato, y luego siguió por la calle Sarmiento. Paso frente a un bar que al que acostumbraba ir, y miró su reloj de pulsera. No le daba el tiempo para entrar. El portero lo saludo cuando lo vio pasar por la vereda. No recordaba quien era, pero sabía que lo había visto. A Hans le gustaba ese bar por que las mujeres que te servían el café o la cerveza, lo hacían sin ropa. Le gustaba sentarse en una mesa solitaria y observar a la morena centroamericana que atendía la barra. Sus curvas exageradas parecían dibujadas por Milo Manara, y sus gestos eran un océano de sensualidad que le recordaban a otra morena que conoció en Sudan. Sin embargo, Hans solo se contentaba con ver. Desde hacía unos diez años sufría de disfunción eréctil, y era algo que evitaba incluso pensar. Lo único que hacía Hans era trabajar.

Luego de pasar frente a su bar, con la esperanza de ver a la morena aunque sea a través de la puerta, Hans caminó hasta avenida Corrientes para pasar frente al Obelisco y luego dirigirse por una peatonal hasta la famosa plaza San Martín, nombre del libertador de América y héroe máximo de Argentina. Hans amaba ese país. Sus primeras misiones las cumplió allí, tenía amigos en el ejército, en varias ciudades de la Patagonia, y de las sierras de Córdoba, pero Buenos Aires... esa ciudad plagada de espías de todos los países, donde paseaban las mujeres mas bonitas de

américa, y escuchabas los mejores tangos. Donde los tahúres son poesía, y la luna ilumina distinto... Hans se sentó en la plaza San Martín, y encendió uno de sus cigarrillos. Ese era su momento, mirar la gente que bajaba por la avenida Santa Fe, sentado en un banquito solitario, a la sombra de los frondosos árboles del lugar. Observó por un rato a una mujer de unos cuarenta y tantos, que caminaba paseando un perro caniche de la correa, mientras halaba por teléfono. Linda mujer, vestida de minifalda y campera blanca, con ropa que hacía pensar en un marido empresario.

Se quedó observando el andar de la mujer argentina, hasta que logro divisar un reflejo en una ventana de un edificio antiguo frente a la plaza. Hans era de la vieja escuela. Todo su camino, además de disfrutarlo, era para despistar, para saber que no era era perseguido. Ex camaradas argentinos le hacían el favor de asegurarle el trayecto sin que ningún espía supiera de él. Desde miembros de las fuerzas armadas, hasta algunos agentes del PCI (Personal Civil de Inteligencia) se encargaban de revisar su trayecto y darle el visto bueno. Si hasta allí Hans estaba seguro, ya podían dejarlo. Y como Hans era de la vieja escuela, amaba que lo saludaran con un simple reflejo de un espejo en una ventana para confirmarle que su llegada había sido segura. Terminada la misión pasaría a tomar un café con quien le hacía gratis esos operativos. Era devolución de tantos otros favores. Al fin y al cabo, Hans era un amigo.

El reflejo en código morse indicaba que podía continuar. Hans dejo caer su cigarrillo al suelo y lo pisó para apagarlo. La misión en Argentina comenzaba su etapa final.

“Es mejor figurar entre los perseguidos que entre los perseguidores”.

El Talmud

5

Detalles

Pablo llegó a la terminal con tiempo. Nunca había perseguido a una persona que trabajara en inteligencia. Tenía amigos, colegas, charlas, seminarios, pero seguir a uno de ellos, salvo en un curso de entrenamiento, no lo había hecho jamás. No solo representaba un desafío, era una prueba de fuego. Si conseguía realizar este trabajo de forma satisfactoria, iba a ser el puto amo. Un civil del culo del mundo persiguiendo a un espía. Dicen que los detectives privados son policías frustrados, gente que tiene una película en la cabeza, que un civil que anda con armas probablemente debería hacerse tratar con un psicólogo, y quizás fuera así, pero esto era una película de James Bond. Bah, en realidad era un simple seguimiento, pero su cabeza volaba.

Llego a la terminal de Retiro muchas horas antes para planificar. Era un trabajo que, según él, precisaba de mucha imaginación, y a él le sobraba la imaginación. Buscó algún lugar que tuviera múltiples salidas de escapes, y pronto encontró una escalera muy bien posicionada. La escalera descendía desde el piso donde se encontraban las boleterías, hasta el piso de los comercios, con salida a las plataformas de abordaje, pero a la vez, tenía otra al lado que ingresaba al subsuelo. A su vez, ambas escaleras quedaban posicionadas justo entre dos locales comerciales. Tomando en cuenta los costados de las escaleras, y hacia donde se podría correr, Pablo contabilizó siete posibles vías de escape en ese cruce. El masón se sentó en un lugar que le permitiera tener una buena perspectiva, y desde allí, mientras sacaba de un bolsillo un caramelo de menta, observó las cámaras de vigilancia. Ninguna de ellas apuntaba con precisión hacia ese lugar. Una ligera mueca de sonrisa se le dibujó en el rostro. Era exactamente el lugar que estaba buscando. Solo le restaba esperar.

No pasaron diez minutos hasta que vio bajar por la escalera a una pareja de ancianos con demasiadas maletas. Las asentaron en el piso, y el hombre busco los boletos de autobús en su bolsillo. Se colocó unos anteojos para leer, y masculló algo a su mujer, para irse unos minutos hasta las plataformas de embarque a ver si ya se encontraba el vehículo en el que viajarían.

En ese momento sucedió la magia. Un joven adolescente pasó junto a la mujer, y dejó caer un manojito de llaves, casi accidentalmente. La mujer lo ve y lo llama, pero el joven no se percata. Ella levanta las llaves y corre tras él. El joven se da cuenta y la mira, incrédulo, como no entendiendo, toma las llaves y hace contacto visual, como reteniendo la mujer consigo. Un niño de unos doce años entonces toma una de las maletas de la mujer, estando ella de espaldas, y corre por la escalera que lleva al subsuelo. La mujer se gira, y no llega a ver al joven, pero sí a un hombre de unos treinta años, que le dice “señora, le robaron la valija, corrió para allá” y señala hacia uno de los laterales. El esposo de la mujer llega y corre en la dirección que el hombre le da. Ya es tarde. La maleta se perdió junto con las tres personas que intervinieron en el robo. La mujer comienza a llorar.

Pablo se pone de pie y sigue al adolescente de las llaves. A los veinte metros este se junta con el

hombre, que le convida un cigarrillo barato, pero no lo encienden. Pablo se acerca a ellos.

-Disculpen... ¿los baños?.

Los dos se miran. El hombre señala hacia un costado. Pablo sonríe.

-¿Quién los maneja a ustedes? Quiero conocerlo.

-¿Qué dice?-Pregunta el hombre.

Pablo corre hacia un costado su campera permitiéndoles ver una pistola Bersa calibre .22 de ca n largo. El adolescente intenta correr pero Pablo lo empuja contra la pared. El hombre intenta reaccionar, pero ya Pablo está muy cerca y lo enca na, mientras lo abraza, amigablemente, para que nadie en el lugar se percate de la violencia. Pablo mira al adolescente.

-And  a buscar al verdadero jefe. Este se queda conmigo.

El adolescente sale corriendo. Pablo saca un paquete de cigarrillos de mejor calidad que los que les vio a los ladrones, y se lo entrega a su prisionero.

-No te preocupes... no pasa nada...

En menos de tres minutos, el adolescente volvió con un policía. Un hombre gordo pero de contextura fuerte, algo viejo, de tez morena y rasgos duros. Antes de que hable, Pablo sacó una revista con un fajo de billetes en su interior y se la puso en las manos.

-¿Me permite invitarlo un café?.

El policía mira el dinero, y con la cabeza le hace señas a los ladrones para que se vayan.

-Por acá-indica el policía, señalando uno de los lugares mas alejados para tomar café de toda la terminal.

Los dos hombres se sientan.

-¿Es periodista?-Pregunta el policía.

-Detective privado, pero no soy de acá. No se preocupe. Tengo un seguimiento y al no ser local, me faltan ojos. Lo que le entregó es solo la mitad. Terminado el trabajo le entrego el resto. La persona que espero va a llegar a la tarde. Tenemos tiempo hasta de que lo invite a comer algo.

El policía se relaj .

-¿Tu nombre?

-Pablo.

-Pablo... yo soy el principal Gómez, pero puede decirme Rubén. Acepto la comida, y es buena la paga. Siempre viene bien un trabajito extra. Te puedo ofrecer cerca de veinte personas, por unos pesos mas, y control total de las cámaras de seguridad.

-Tanta gente no me interesa, con cinco estamos bien, pero las cámaras sí. ¿Cuánto más?

-Un veinte por ciento mas.

-Ahh... es mucho... ¿un diez?.

El policía suspiró.

-No creo que hagan esa cantidad en una semana de trabajo... acá es un par de horas-Acotó Pablo.

-Usted no se imagina cuanto se hace acá, pero si invita la comida, podemos hacer un descuento de cliente nuevo, jaja.

El mozo del lugar llega, y ambos piden un café. Rubén aprovecha a pedir un par de medialunas.

Pablo saca unas fotos que ha separado, con el rostro de Hans, mientras intenta sacar conversación.

-Me preguntaste si era periodista. ¿Vienen muchos por acá?.

-Si, pero tengo una base de datos, cuando aparece uno o alguna autoridad, los muchachos no trabajan.

-Es, en serio, todo una empresa lo que tienen montado acá.

-¡Oh! No piense mal, Pablo. O tan mal, para ser exactos. Yo estoy al borde del retiro, con muchos problemas de papeles para poder jubilarme. Cuando la haga, la institución me va a tener unos meses sin sueldo hasta que cobre mi primera jubilación. Algo hay que hacer.

-Entiendo.

Al policía le gustaba hablar bastante.

-Por otro lado, aunque no lo crea, hago un bien. Antes de que yo estuviera acá, habían muchos robos violentos afuera. Mis muchachos, y algunas chicas que también tengo, son de la villa. Son muy pobres. Cuando aumentábamos la seguridad acá, robaban afuera, y se les pasaba la mano. Teníamos muertes. Yo permití que entraran a robar acá, hasta les organicé turnos, pero de esa forma les prohibí cualquier tipo de violencia. A mi la policía no me da recursos, no tengo nada,

los agentes que envían, salvo los jóvenes, me los pasan por que no saben en donde meterlos. Así, mantengo un orden dentro de este caos. De todos modos, va a haber cambios dentro de poco. Ya me informaron que yo me voy, y dicen que van a traer muchos mas agentes, adentro y afuera. Armas nuevas, mejores cámaras. No me queda mucho. Ojalá sea para bien, aunque debo decirle que me preocupa de que van a comer los chicos que roban acá. La vida en las villas miserias es muy dura. Van a empezar a vender drogas... yo eso lo tengo mas o menos controlado... Como sea... Ya no va a ser mi problema.

Pablo asintió con la cabeza. No se imaginaba todo ese trasfondo detrás de un simple grupo de ladrones en una terminal de autobuses.

Le muestra las fotos, y miente los antecedentes de Hans.

-Este tipo es pesado. No quiero que se arriesgue nadie. Solo necesito una persona en cada entrada de la terminal que lo vea y avise cuando entró. Pero tiene que ser gente “despierta”, que disimule muy bien, y que no lo siga ni con la mirada. Una vez que sepamos que está adentro, necesito ver donde saca pasaje, y averiguar para donde viaja.

Rubén se ríe.

-Eso es fácil. Conozco a las chicas de todas las agencias. Me lo averiguan en segundos.

-Perfecto.

El policía toma las fotos.

-Préstame esto un rato y pedí la carta, que me dio hambre. ¿A que hora viene?

Pablo sonrío y asiente.

-En unas tres horas.

A los diez minutos, Rubén está de vuelta, con una caja llena de teléfonos celulares.

-Ya tengo la gente, y todos comunicados. Vos, si querés, poder venir conmigo a la cabina de vigilancia, y vemos todo por las cámaras-Toma el menú-. Mientras tanto, a ver que hay para comer hoy.

Pablo siente que ya tiene mas de la mitad del trabajo realizado.

*“Es más fácil engañar a la gente, que convencerlos
de que han sido engañados”.*

Mark Twain

6

El simulador

Hans llegó a la Estación Terminal de Autobuses caminando lento. Quizás era lo único que lo diferenciaba del resto de la gente que entraba y salía del lugar con sus maletas. Llevaba su bolso barato hacia delante, y había colocado la campera verde encima de ella. El olor a humedad y suciedad inundaba el aire, y a Hans le gustaba. La entrada a la terminal estaba repleta de vendedores ambulantes de todas las nacionalidades. Argentinos, bolivianos, paraguayos, nigerianos. Toda baratija que se pudiera vender, allí se encontraba.

Hans se detuvo cerca de la puerta y compro un par de medias, pilas y auriculares baratos. Mientras lo hizo revisó visualmente la gente en la zona. Descubrió fácilmente algunos rateros esperando los viajeros desprevenidos, un solo policía de civil, taxistas corriendo a un coche que no pertenecía al grupo que trabajaba en la zona, y mucha gente común. Nada que a él preocupara. Ningún espía de otra nacionalidad, o gente que lo estuviera observando. Caminó hacia la puerta. Varios mendigos pedían monedas, mientras los viajeros disimulaban no escucharlos, y pasaban lo más rápido posible. Es una mierda la gente.

*“La vigilancia no tiene que ver con la seguridad,
tiene que ver con el poder”.*

Edward Snowden

7

Nada es tan fácil

Hans pasó junto a una mujer que tenía un niño dormido en brazos. Ella estaba mendigando

monedas con un cartel hecho de cartón, mal escrito con lapicera azul. Así como todos los que pasaban a su lado y no le dejaban nada, Hans hizo lo mismo. La mujer lo miró poniendo su mejor rostro de víctima de la sociedad capitalista, pero no surtió ningún efecto en los ojos azules de Hans.

Una vez que este pasó, la mujer tomó un viejo celular roto que guardaba entre los pañales del niño y envió un mensaje a Rubén, con un texto que decía: “llegó”.

Rubén y Pablo se encontraban sentados, solos, en la cabina de seguridad con los monitores de todas las cámaras de la estación terminal. Rubén sonrió.

-Pablo, miré que eficiente que es mi gente.

Rubén señaló en una pantalla, y allí estaba Hans. Pablo se puso de pie. Comenzó a sudar en las manos y las axilas, y sintió que el corazón le latía un poco más fuerte.

Hans subió las escaleras, sin imaginarse que era observado a través de las cámaras, y sacó un pasaje en la primera boletería con la que se cruzó.

-Listo, lo tenemos-Dijo Rubén.

Los dos hombres se dieron las manos, y se prepararon a salir, pero justo en el momento en que iban a cerrar las puertas, Rubén miró el monitor por las dudas.

-Espere, Pablo.

-¿Qué pasó?

-Mire...

Hans había caminado hasta otra boletería y volvió a sacar otro pasaje.

Pablo y Rubén se acercaron a los monitores. El espía repitió la operatoria una y otra vez en diferentes boleterías.

-Mierda...-Dijo Pablo.

Rubén tomó el teléfono y llamó a una de las boleterías.

-Mary... ¿Cómo le va? Le habla el principal Gómez. ¿Donde viaja el hombre al que le acaba de vender?.

Rubén tomó notas y llamó a la siguiente boletería. En segundos tenía el destino.

-Pablo, está sacando pasajes a diferentes destinos, y con distintos nombres, y algunos no son para abordar aquí... Con razón usted me pagó tanto... tener tantos documentos falsos es difícil... este tipo es jodido en serio.

Lo siguieron a través de las cámaras, hasta que en un momento, Hans bajó hasta las plataformas. Los hombres solo observaban callados. El espía se perdió entre la gente, y en un hueco de visibilidad entre cámara y cámara, simplemente desapareció.

-¡Hijo de puta! ¡Se metió a un colectivo de media distancia! ¡Lo perdimos!

Los hombres salieron corriendo hasta las plataformas, pero ya no había ni rastros de Hans. Ninguno de los ladrones lo vio salir. La teoría de Rubén era la más segura. Pero desde un colectivo de media distancia podía bajarse en cualquier lugar. Rubén estaba desconcertado, algo preocupado por que Pablo se niegue a pagar la cantidad de dinero que habían acordado al principio.

Los hombres volvieron a la sala de cámaras.

-Rubén, tengo una idea-Dijo Pablo-, creo que hay un detalle que se nos escapó. ¿Podemos revisar las grabaciones?.

-Sí, por supuesto-Contestó el policía.

En algún punto, Rubén se creía un dios dentro de la estación terminal. Que alguien se le escape bajo las narices le tocaba el orgullo.

Los dos hombres se sentaron en los monitores.

-Necesito que las pases rápido... cada compra-Dijo Pablo.

-¿Qué buscamos?-Dijo el policía.

-Un descuido... nadie es tan perfecto... todo acto de magia tiene un truco donde la gente no mira.

Rubén pasó compra a compra, con silencio, tratando de encontrar el detalle.

-¡Ahí está!-Dijo Pablo.

-¿Qué cosa?.

-¿Qué hace cada vez que compra?

-Las vendedoras le muestran el pasaje... le remarcán con una lapicera los datos importantes, él

asiente con la cabeza, y se los mete a bolsillo.

-Salvo en una...

Rubén lo mira un segundo, y vuelve a pasar todos. Efectivamente, uno era distinto. En todas las boleterías Hans chequeó el pasaje con las vendedoras, y se los llevo al bolsillo, pero solo en una demoró un poco más, y volvió a revisarlo, colocándose un par de anteojos para leer antes de guardarlo.

El policía revisó sus apuntes.

-Usó el nombre de Lucas Fernández, a Bariloche, saliendo desde La Plata. Aquí tenemos todos los datos... podría haber sacado los pasajes por internet.

-Es de la vieja escuela-Contestó Pablo-, de los que pagan en efectivo, como yo.

Rubén sonrió.

“Del deseo surge el dolor, del deseo surge el miedo”.

Buda Gautama

8

La iniciación

La joven fue sacada de un baúl en brazos, por alguien muy grande y fuerte. De sus seis sentidos, varios estaban anulados. El sexto obviamente no funcionaba. Algo que resultaba chocante, casi fantasmal, era que el perfume del hombretón que la cargaba inundaba los pulmones de la joven, y tenía un aroma realmente hermoso. Debía ser una fragancia muy costosa.

La joven aún tenía el tornillo en su mano izquierda. Era quizás el único rayo de luz de esperanza para poder escapar. ¿Qué haría con él? No tenía ni puta idea, pero algo haría.

Entraron a una casa grande. Ella sentía el eco de los pasos, y eso le daba una idea de la

dimensión. Adentro el lugar era fresco y acogedor. Se abrió una puerta, llegaron a una habitación.

-Déjamela para prepararla-Dijo la voz suave del hombre que habló minutos antes.

La posaron en una mesa fría de mármol, enganchando sus manos por el precinto en alguna especie de gancho preparado a tal fin. Con un par de correas, inmovilizaron también sus piernas, desde los tobillos.

-Tranquila... esto no es tan malo como lo crees. Has sido elegida. Tu existencia va a tener mas sentido del que alguna vez te imaginaste.

El hombre la acarició en la cabeza, dulcemente. La joven comenzó a llorar, sacando todas las angustias que alguna vez tuvo en su vida. Lloró por la separación de madre y padre. Por la posterior muerte de él. Por los azotes de madre con un cinto. Por los novios que nunca tuvo. Por las cosas que no hizo ni haría. El hombre la acariciaba como si la entendiera, y la dejó llorar, sin quitarle la mordaza. Cuando las lágrimas comenzaron a calmarse, habló de nuevo.

-Debo comenzar a prepararte para esta noche. No te asustes. Todo va a estar bien.

El hombre tomo una daga muy afilada, y lentamente, con una suavidad que hacía que el lomo del arma sobre la piel fuera una inocente caricia fría, comenzó a cortar las ropas de la joven. Ella sintió volar los botones de su camisa, y comenzó a llorar de nuevo, pero él le toco la frente unos segundos con su mano caliente, como si le hiciera una sesión de reiki, y así ella volvió a tranquilizarse. Entonces continuó su tarea hasta dejarla totalmente desnuda sobre la mesa de mármol.

-Esta noche darás un salto cuántico. Y por ello no puedes llevar nada de tu antigua vida. Si lo hicieras, el orden de las cosas se trastocaría.

El hombre quitó las mordazas de la boca de la joven, tomó una jarra con vino blanco tibio, y comenzó a lavarle todo el cuerpo. Cuando terminó la jarra, hizo lo mismo con leche de cabra, y concluido eso, recién utilizó agua. Después de lavarla íntegramente, comenzó a perfumarla.

-¿Sabes? Creo que eres virgen. Eso no me lo esperaba en una muchacha de tu edad.

El hombre la secó con una toalla, le puso una sábana de seda encima, le abrió la boca, y le colocó

un ácido en la lengua.

-Esto purificará también tu mente-Le dijo el hombre mientras le cerraba la boca con un suave beso, para luego posar la mano en los labios evitando que escupiera el ácido.

Ella se dio cuenta de que la estaba drogando de nuevo, pero también que no había nada por hacer más que entregarse. Se propuso solo una cosa: no soltar el tornillo que aún mantenía escondido en su mano. Ese sería su puente a la realidad.

*“Los asesinos no surgen entre los descreídos, sino
entre los que creen demasiado”.*

Orhan Pamuk

9

Más cerca

Pablo llegó a Bariloche, en el sur de Argentina, en una avioneta privada que le consiguió su maestro, a través de hermanos de la logia. De la misma forma, pusieron a su disposición un vehículo. El viaje no fue de lo mejor, pero le permitió llegar con bastantes horas de ventaja. Había un riesgo, y era que Hans se bajara antes del autobús, pero su nuevo amigo, Rubén, le pasaba informes directamente de la empresa de que el vehículo iba con la cantidad de gente que decía el listado, por lo cual, Hans estaba en viaje.

La estación terminal de Bariloche es un gran tinglado con techo de chapa, rodeado de un paisaje de tarjeta postal. No es un lugar grande, y solo recibe muchas visitas en temporada. La estrategia

de conseguir ayudantes como en Buenos Aires no iba a servir esta vez. Tampoco iba a ser fácil seguir a un espía entrenado en un lugar así. Cuando no es temporada turística, resulta muy sencillo saber si en esa ciudad alguien te está siguiendo. Por el momento solo restaba esperar.

El autobús de Hans llegó con una demora de dos horas, o un poco más. Pablo tenía mucha ansiedad, pero con tanto frío, la ansiedad había disminuido en los últimos minutos, para despertar en el momento exacto en el que vio el vehículo entrando en la plataforma.

Hans bajó y estiró su columna, lo que por unos segundos lo hizo ver más alto de lo que su perseguidor se había percatado. En todo el tiempo que Pablo se pasó analizando las grabaciones de video de la terminal en Buenos Aires, no había visto al espía realizar movimientos tan poco sutiles. Parecía ser que en Bariloche se sentía cómodo, relajado, en su casa. Hasta se tomó el tiempo de prenderse un cigarrillo y fumarlo tranquilo, antes de marcharse.

Pablo lo observaba sentado en un lugar relativamente lejos, sin mirarlo directamente, sino a través del reflejo de una vitrina. El detective creía que la mirada directa a una persona hace que esta lo “sienta”, de alguna manera espiritual. Al principio de su carrera intentaba seguir tratando de sentir lo que sentía su objetivo, mirando las mismas vitrinas, copiando sus gestos. Pero el método le había resultado ineficaz. La mayoría de sus trabajos habían sido contrataciones para averiguar infidelidades. Notó que la persona seguida, cuando se la mira demasiado, se pone incómoda. Luego hizo otro curso en el que comenzó a trabajar siguiendo a 45 grados, desde veredas opuestas, lo que le generaba mayor visibilidad. Con el tiempo comenzó a confiar más en la tecnología, y usar rastreadores GPS, aplicaciones espías en los celulares, y cosas de ese tipo.

Hans entró a la terminal y buscó un quiosco. Saludó a quien lo atendía, como si lo conociera de mucho tiempo atrás. Compró un café de máquina, y un chip de teléfono, que colocó, para luego lanzar el resto del envoltorio y la tarjeta lástica donde va el chip allí mismo, en el tacho de basura. El empleado del local anotó la compra de Hans, y le regaló un calendario con imágenes de Bariloche y el nombre del local comercial. Hans salió de la terminal, caminó relajado hasta una casa donde tenía alquilado un garaje, y sacó un viejo jeep color verde oliva. Arrancó el motor para calentar el aceite, y se fue. Pablo inicialmente pensó en seguirlo, pero algo lo hizo cambiar

de idea.

Volvió al quiosco y pidió también un chip.

-¿Quiere elegir algún número? Tengo varios-Dijo el quiosquero.

Los chips eran viejos, de esos que venían con el número pre establecido sin necesidad de activarlos para recibir la identificación. Pablo notó que las numeraciones eran correlativas. Con eso ya podía deducir el número nuevo de Hans. Compró también un chocolate caro, de un tamaño bastante grande, luego de observar y buscar algún precio irregular que le obligara a recibir cambio en billetes. Se dejó el vuelto en la mano, mientras preguntaba precios de algunas artesanías que pudiese llevar de recuerdo. Lanzó el papel de envoltorio del chocolate, y dejó caer también sus billetes en el tacho de basura.

-¡Pero que estúpido! Cómo si la economía Argentina anduviera tan bien, yo me pongo a tirar plata.

El empleado río. Pablo le pidió un frasco de alcohol en gel, para obligarlo a ponerse de espaldas, buscando en la estantería, mientras se agachaba a buscar los billetes perdidos, y tomaba también la tarjeta del chip que tiró Hans en la basura.

El detective pago la nueva compra y salió en busca de su vehículo, donde tenía su laptop guardada en una mochila, un pequeño bolso de cámaras, un par de binoculares Shilba, y cargadores para su pistola Bersa.

El paquete, y la tarjeta vacía donde estaba el chip de Hans tenía información invaluable, el código IMEI del teléfono. Con eso, y el número, Pablo ya tenía toda la información necesaria para seguir satelitalmente a Hans, sin necesidad de acercarse a una distancia en que el espía pudiera notarlo.

Hans, por su parte, manejaba tranquilo por un camino de tierra. Su olfato disfrutaba el aroma de los pinos, y presentía el de la sangre. Dos de las cosas que más disfrutaba en la vida.

*“Mantener tu secreto en silencio es un arte, pero pretender
que otros lo mantengan es estar loco”.*

Johnson

10

El origen

Fue en el año 2010, en una cabaña cerca de Barcelona, donde el Club dentro del Club se reunió para generar una de los quiebres más importantes de toda su historia.

Los invitados habían recibido el mensaje de la reunión en el lobby del Hotel Dolce de Sitges. Hubieron un par de invitados que nunca habían estado, pero que para esta reunión era muy importante sumarlos.

La cabaña estaba frente al mar, hermosa ubicación para poder contralar todo a la distancia. Los equipos de seguridad hicieron su trabajo, y los VIP comenzaron a llegar, casi al unísono. Ese día no empezó la reunión como siempre. Ese día, luego de que todos estuvieran ubicados, se acercó un viejo Aston Martin DBS de 1963. Buen vehículo. El automóvil venía solo con el conductor, un hombre de tez blanca, rulos canos, y frente amplia. Llevaba puesto un par de lentes de gran aumento, una camisa blanca arremangada, un pantalón de vestir color crema, y mocasines. Descendió del automóvil, y camino a paso tranquilo, sonriente. Entró en la cabaña, y todos giraron a verlo. Se tomó unos segundos para sonreír y mirarlos uno por uno.

Solo un par de personas sabían quien era, y lo conocían por un seudónimo, el Sr. Smith, creador y sponsor del Club dentro del Club. El gran titiritero, el padre del gran hermano.

Smith fue discípulo y consejero de Joseph Retinger, pese a su diferencia de edad. Al principio

soñaba ser como su maestro, pero mientras Retinger eligió mostrarse en la luz, Smith eligió las sombras. Retinger armó el club Bilderberg, y Smith infiltró su gente para armar el Club dentro del Club. Retinger apareció en los libros de historia. Smith comía caviar mientras decidía en que país se realizaría una nueva guerra. Retinger era un miembro destacado de la masonería de Suecia, Smith se consideraba el puto Dios.

Smith caminó hacia el centro de la habitación donde todos se encontraban. Sonreía amablemente. Se quitó los anteojos y limpió los cristales con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de la camisa. Giró hacia sus invitados.

-Señores, la mayoría de ustedes no me conocen, pero soy desde siempre, su anfitrión. Nunca me presento en estas reuniones, pero hoy tengo algo muy importante para informarles. Lo que ustedes hagan con la información que voy a darles, ya corre por su cuenta. Por la mía, ya está todo hecho.

*“Conocer a los otros es sabiduría, conocerte a ti mismo
es iluminación”.*

Lao Tzu

12

Un camino que termina

Hans llegó a la casa del Dr. Bachmayer, y fue saludado por dos perros que se le acercaron moviendo la cola alegremente al reconocerlo. No parecían ser animales muy agresivos. Golpeó la puerta de la vieja casona de piedra, y se sentó a esperar. Bachmayer tenía ya cerca de noventa años, aunque su andar nervioso y obsesivo, y su lucidez mental, no lo demostraban. Sin embargo, si se encontraba abstraído en alguno de sus libros o investigaciones, podía demorarse hasta media

hora en atender. A Hans no le molestaba esperar. El paisaje, el silencio, le hacían disfrutar de estar vivo y de no pensar en nada.

Bachmayer salió y lo abrazó con alegría. Demasiada soledad aflojaba al viejo.

-¡Mi querido amigo! No se imagina usted los deseos que tenía de verlo. ¿De donde viene ahora?

-Sierra Leona-Contestó con tono alegre Hans-Largo viaje.

-¿Consiguió lo que necesitábamos?... es lo último ya.

-¿Alguna vez le he fallado, mi querido amigo?

El viejo lo palmeó y lo invitó a pasar.

-Sírvese un trago, y deme eso.

Hans sacó de su bolsillo un pendrive y se lo entregó. El viejo lo tomó ansiosamente, y descendió por una escalera, casi corriendo, al subsuelo donde se encontraba laboratorio de la casona.

Hans se quedó solo, y esa soledad duraría tres días seguidos. Tres días en los que Bachmayer no salió del laboratorio ni para comer.

Para Hans, eso no era un problema. Ya conocía los momentos de éxtasis del viejo. Él tenía una habitación de huéspedes, y conocía donde estaba la comida y demás. Durante esos días, además de bajarle comida concinada en silencio al doctor Bachmayer, Hans se dedicó a la limpieza del hogar, acomodar cosas, podar algunas ramas de árboles. Todo esto siempre tratando de hacer el menor ruido posible para no molestar al doctor. Hacía ya varios años que ambos se encontraban embarcados en el mismo proyecto, y en esos años, habían generado una relación casi de padre e hijo.

Al tercer día, como si fuese Jesús saliendo de su sepulcro, Bachmayer salió de su laboratorio, y se encontraba tan iluminado como el mesías, según las escrituras. Eran muchos años de su vida que había dedicado al sueño de concluir este proyecto, y había gente que había perdido la vida en el camino sin llegar a verlo hecho realidad, incluyendo su mentor. Ahora, la respuesta estaba en sus manos, y esto podía cambiar completamente el curso de la humanidad. Bachmayer devolvió el pendrive a Hans, y corrió a descorchar una botella de champagne que guardaba desde hacía muchos años. Se encontraba totalmente eufórico.

-Entonces...-Dijo Hans- ¿Está hecho?

-¡Esta hecho! La pieza que trajiste de Sierra Leona era la última que necesitaba. Ahora me puedo morir en paz. Cumplí mi misión en la vida.

Bachmayer sirvió las copas, y entonces notó que Hans no se veía feliz.

-¿Qué pasa, muchacho?

Hans no contestó.

-Ah... ya entendí-Dijo el viejo-Para que la misión terminé, mi vida también tiene que acabar... soy la única persona que podría revertir las cosas.

Hans bajó la mirada con desagrado.

-Muchacho, que nada apañe el logro-Dijo Bachmayer en alemán, idioma que hacía bastante no hablaba, pero que era el que usaba en sus diálogos internos-, no te preocupes, no hace falta que seas tu quien me mate. Estoy preparado para esto también. Vamos a brindar, pondré un viejo temporizador, y tomaré la pastilla de cianuro que aún llevo escondida en mi dentadura. Moriré con dignidad. Una vez que muera, tendrás unos veinte minutos más, y el temporizador se encargará de que la casa y el laboratorio se destruyan completamente.

El viejo abrió un tablero que se encontraba oculto tras unos libros en una vieja biblioteca, colocó una llave que llevaba colgada en su cuello, y giro un viejo temporizador metálico. Cuando este comenzó a funcionar, quebró la llave dentro de su orificio, y lanzo la parte que le quedaba en las manos en una vieja estufa a leña que Hans había encendido. Luego volvió a su copa.

-Cuando el führer vivía aquí cerca, solía visitarlo una vez al mes. Yo era joven y soñador. Él me invitaba siempre con una copa de brandy y me escuchaba contarle del proyecto Cuatro Jinetes. Creo que no entendía nada de lo que le explicaba de genética, pero me prestaba atención como si fuera el mejor de los científicos. Él sabía que íbamos a lograrlo. Lloré mas con su muerte que lo que lloré por mis padres. Él, el emperador del mundo, muriendo viejo y enfermo en una cama. Yo tendré otra muerte... una buena muerte... Se la dedicaré a él, como mi triunfo.

El viejo dejó caer una lágrima por sus mejillas.

-Sieg heil-dijo solemne Bachmayer.

Sieg Heil-Contestó Hans.

“No olvides que el oro se prueba bajo el fuego”.

Pedro

13

Cuatro jinetes

Pablo siguió a Hans a través de la señal del viejo teléfono que el espía llevaba en su bolsillo, sin que este siquiera se lo imagine. Cuando Hans se metió con su jeep en zonas alejadas y boscosas, Pablo se quedó varios kilómetros atrás para evitar ser visto en alguna curva amplia. No precisaba ver el jeep para saber donde estaba su presa. El único problema era si el artefacto perdía señal completamente, pero incluso eso le daría un margen de error sencillo para encontrarlo.

Cuando localizó el lugar exacto, este resultó estar demasiado lejos de cualquier vivienda, rodeado de bosques. Eso era bueno, escondió su vehículo prestado con ramas, se vistió con uniforme camuflado, y partió con una mochila.

Pablo no tenía entrenamiento militar formal. Había hecho cientos de cursos de tácticas, pero no un verdadero entrenamiento. Sin embargo, era un hombre de muchos recursos, y amaba jugar al paintball. El juego le había enseñado a crearse un traje guillie hecho con arpillera, lanas, e hilo sisal. Se tomó su tiempo mientras caminaba, para cortar ramas y arbustos del lugar que fue

sumando a su traje. Cuando estuvo a tiro para poder ver la casona del doctor Bachmayer, la rodeó buscando quedar con el viento de frente, y no a sus espaldas, evitando que su aroma llegue a los perros de la casona. De todos modos, su mochila llevaba varios implementos tecnológicos, y entre ellos había un repelente ultrasónico de perros, con algunas modificaciones para ampliar su rango.

Pablo estaba viviendo su película, así que no le costó para nada aguantar los tres días que Hans se la paso en la casa. Durante la noche, el frío era excesivo, pero llevaba unas plantillas térmicas con un químico, que se ponían entre el borceguí y la media. Eso, mas el traje guillie, un pasamontañas, varias barras de chocolate, y el deseo de descubrir lo que buscaba Hans, eran suficiente para soportar sin problemas el frío. Una vez que encontró el lugar adecuado, con una buena altura, muchas ramas, y la mejor visibilidad a través de las ventanas de la casa, solo se movió centímetros de allí.

Con su micrófono direccional de plato parabólico pudo escuchar toda la conversación final entre Bachmayer y Hans, grabándola en una tarjeta de memoria, por las dudas, y con sus prismáticos alcanzo a ver el momento exacto en que el doctor comenzó a lanzar espuma por su boca.

Hans lo vio morir con tranquilidad, se sirvió un poco mas de champagne, chequeó el temporizador, fue a buscar su bolso, subió a su jeep, y se alejó a un kilómetro mas o menos de la casa, estacionándose en un costado, y quedando de espaldas a la espera de la primera explosión.

Pablo vio el vehículo de Hans alejarse y también lo vio detenerse a la distancia, pero desde allí calculó que podría entrar a la casa sin ser visto. Por el tiempo que Bachmayer había mencionado, no tendría mas de diez minutos para entrar a la casa, y no sabía que buscar allí, pero debía hacerlo. Abrió su mochila y tomó el pequeño bolso ConDEC 360°, un sistema de criminalística que había comprado hacía un par de meses, luego de un realizar una capacitación, y que utilizaba imágenes de video inmersivo para conservar la escena del crimen a través de la grabación con cámaras de 360°.

Corrió rápido hacia la casa, con su bolso y la pistola, pero olvidó también cargar su repelente de ultrasonido para los perros. Probablemente no le hubiera servido de mucho con animales en

estado de excitación.

Cuando estaba llegando a la entrada, no vio venir el primer mordisco que lo tomó por el lado izquierda. Al parecer, los perros del doctor Bachmayer eran tranquilos con Hans, porque lo conocían, pero no dejaban de ser bestias protegiendo su hogar. Pablo no terminó de girar a ver al primer perro clavando sus colmillos en el antebrazo, cuando ya sintió la puñalada de los dientes del segundo animal en su pierna derecha. Forcejeó medio paso y cayó de rodillas, perdiendo su pistola en las pocas fracciones de segundo que pasaron desde el ataque. El primer perro le soltó el brazo, para lanzarse contra su cara, mientras el segundo movía su hocico con fiereza sacudiendo la carne de la pierna de Pablo. Por suerte, el joven alcanzó a levantar su brazo izquierdo casi al mismo momento en que el perro le soltó, y cubrió su rostro, haciendo que el animal volviera a tomar el antebrazo. Con su mano derecha libre, Pablo desenfundó un cuchillo de caza que llevaba en la cintura, haciendo un agarre tipo picahielo, y lanzó un primer puntazo que acertó a entrar entre las costillas cercanas a las patas delanteras, y atravesar el pulmón del animal. El hombre se encontraba también de repente en estado animal, y gruñía con dolor y furia, exactamente como los dos canes. Cuando sintió brotar la sangre del animal, repitió sus puñaladas dos veces más, mientras caía de espaldas al piso, con el cuerpo sangrante de la bestia encima. El otro perro, al caer al piso y quedar Pablo en otra posición, soltó la pierna buscando subir su ataque hacia la ingle. El hombre alcanzó a patearlo en la cabeza, haciendo que el perro, en total estado de locura se acomodara mejor a un costado. Pablo veía los movimientos pasar en cámara lenta. Mientras su cuerpo actuaba por instinto, su cerebro, en otra región, pensaba que si el perro ladraba, quizás Hans lo escucharía. Sin dar más tiempo, se lanzó sobre el perro, pero este alcanzó a esquivarlo y volvió a atacarlo a mordidas al cuerpo. El traje guillie era grueso y no permitió que los colmillos alcanzaran el torso de Pablo para clavarse. Los dientes se engancharon en la red de la ropa, y Pablo abrazó al animal, buscando con su cabeza el lomo de la bestia, como si se encontrara en medio de un clinch de boxeo. Logró tomarlo por detrás, evitando los mordiscos, y lo envolvió también con las piernas, sujetándolo con estas y utilizando su brazo izquierdo para presionar el cuello del animal en una llave, mientras ambos rodaban en la tierra. Cuando la espalda de Pablo

quedó asentada en el piso firmemente, y el vientre del perro hacia el cielo, el hombre clavo el cuchillo en el animal todas las veces que pudo, hasta que sintió que este no se movió más.

El tiempo corría. Pronto la casa iba a estallar. Pablo limpió por reflejo el cuchillo en la ropa de su pierna derecha. La sangre le brotaba, pero no podía detenerse a revisar. Envainó el cuchillo, busco en el piso su pistola y su bolso ConDEC 360°, y corrió.

Al ingresar a la casa, lo primero que hizo fue encender una de las cámaras y posicionarla sobre una mesa. Se acercó rápidamente a Bachmayer, solo para comprobar que ya no tenía pulso, se dirigió al temporizador, pero vio que no podía detenerse, y que solo le quedaban dos minutos.

-¡Mierda!-dijo entre rugido y grito apagado.

Corrió hasta el laboratorio, y fue dejando las cámaras a su paso. Entró al lugar, había un pizarrón verde en un costado con dibujos y letras, mucho equipamiento antiguo, y algunos bastantes modernos, lo cual representaba una sorpresa para la imagen que se había formado Pablo de Bachmayer. Dejó una cámara en el centro del laboratorio, y buscó una computadora o algo similar para llevar. La divisó en un costado, y arrancó el CPU de su escritorio. Corrió a buscar la primera cámara, cuando comenzó a sonar un pitido en la casa. Una explosión retumbó en las habitaciones, haciendo que tiemble toda la estructura del lugar. Pablo estaba subiendo las escaleras en ese momento, y el movimiento le hizo perder el equilibrio. El CPU se le fue de las manos cayendo nuevamente al laboratorio. Una segunda explosión sonó muy cerca, en las columnas de la pared mas lejana del laboratorio. Ya no había posibilidades de volver. Pablo corrió para salir de la casa, intentando tomar las cámaras que dejó al ingreso. Los artefactos estaban caídos por las sacudidas de las explosiones. Pablo simplemente corrió y levantó las que tenía al paso. Cuando ya estaba en el umbral de la puerta, una de las explosiones mas fuertes lo arrojó hacia fuera, dejándolo aturdido.

La casa comenzó a destruirse completamente, y el fuego a consumir el cuerpo de Bachmayer.

A lo lejos, Hans escucho las explosiones, miró las llamas por el espejo retrovisor, volvió a poner en marcha su jeep, puso música en la radio, y se marchó.

*“Nunca se alcanza la verdad, y nunca se está
totalmente alejado de ella”.*

Aristóteles

15

El exterminio

-Somos muchos-Arrancó a decir el Sr. Smith, mientras todos se miraban-, y no hablo de esta sala. Digo que somos muchos en el mundo. Ustedes lo saben. Yo vivo en Europa, donde tenemos un montón de viejos generando gastos en los diferentes estados, consumiendo mucho más de lo que produjeron en vida. Toda su vida trabajaron para ellos, no para el estado. La producción de uno de ellos no vale ni la mitad de uno solo de los cerebros que tenemos aquí...

Nadie decía absolutamente nada.

-No me miren así-Continuó el Sr. Smith-, yo también estoy algo pasado de años, pero sigo trabajando. Me encantaría haberme retirado ya o, ¿por que no?, estar muerto. Pero ninguno de ustedes tiene los huevos para hacer lo que hay que hacer, y por eso todavía sigo trabajando. Yo esperaba mas de ustedes. Todos ustedes vuelan mentalmente. Han creado imperios de la nada... ¿de la nada!... pero no piensan en la humanidad. Fundaciones, una guerra por aquí... una guerra

por allá... eso no alcanza. Somos muchos en el mundo... no tenemos otros mundos cerca, no podemos hacer grandes viajes al espacio... por ahora solo tenemos la tierra, y la estamos destrozando. La humanidad está condenada. Y no entendemos que la tierra y nosotros somos el mismo ser. Quizás nosotros seamos los parásitos, pero necesitamos de ella. Antes teníamos las grandes pestes, las grandes catástrofes, y con eso regulábamos la cantidad de humanos y polución en la tierra. Ahora, somos tan inteligentes que siempre encontramos la manera de hacerle trampa a la naturaleza. Entonces, no queda otra opción que darle una mano a la naturaleza, y que nos ayude... voy a ser claro... a exterminar una buena cantidad de nosotros, para que la humanidad sobreviva como especie. Cerca de sesenta millones de personas murieron en la segunda guerra mundial, y era poco para el mundo. En Vietnam no llegamos al millón y medio. Pronto las guerras van a ser un videojuego. Eso sirve a los humanos, a los gobiernos, pero no a la tierra, y por consiguiente, no a la humanidad. Nos vamos a extinguir...

Los hombres en la habitación no entendían si estaba hablando en serio, o si exageraba. Sin embargo, Smith tenía encanto, presencia escénica, era imposible interrumpirlo.

-En la segunda guerra mundial hubo un proyecto que se llamó "Cuatro jinetes". Una locura, o tal vez una genialidad, del doctor Josef Mengele. Resumiendo, el planteó el exterminio de gran parte de la humanidad, salvo los que tuvieran cierta conformación genética. Sus estudios avanzaron mucho, pero no logró encontrar la forma adecuada, o un gen en la cadena de ADN de la raza aria con respecto al resto, que le permitiera crear un arma biológica efectiva. Recién en 1953 se avanzaría a nivel mundial sobre la estructura del ADN. Josef era una persona interesante. Una lástima que no lo conocieran. Siguió experimentando en Brasil, hasta que un día se le ocurrió otra genialidad. En vez de buscar un gen distinto, había que ingresar uno en las personas a exterminar. Una modificación genética en el humano, dar vuelta el problema. Eso era mas sencillo, cambiar la configuración del ser humano con un gen dormido que al activarlo permitiera su exterminio controlado. ¿Y como hacerlo?. Pues muy fácil, todo está en la alimentación... en la modificación genética de los alimentos industrializados. Modificar el ADN para que el humano tenga una sustancia reactiva en su cuerpo, y que al utilizar cierto virus, este reactivo lo extermine. Pero

Josef se nos murió. A mi no me interesaba el nazismo, pero si sus investigaciones, así que la conseguí toda. Y entre las sorpresas que me encontré, hallé que Mengele tenía un discípulo joven viviendo escondido en el sur de Argentina. Fueron muchos años colaborando con él en el mayor de los secretos. Filtrando en parte conocimiento de la modificación genética de los alimentos a las grandes industrias para que ellos terminaran de descubrirlos solas y le sacaran otros provechos implícitos. Un empujoncito, digamos. Pero nos faltaba algo, nos faltaba terminar el virus que se active con la nueva configuración genética del ser humano. Hicimos algunos experimentos, pero no nos alcanzaba, así que financiamos varios investigadores en todo el mundo. Escogimos científicos que estuvieran preparados para pasar los límites. Eso no es difícil, por que todo buen científico se mete la ética por el culo cuando esta cerca de descubrir algo. Buscamos esos genios y, sin que ellos sepan, les pusimos dinero, conocimientos, recursos. Cada uno de ellos fue armando una parte del virus, trabajando en cepas de otros, sin saber que solo eran una pequeña parte de un plan muchísimo mas grande. A cada científico le pusimos un espía, y estos entregaban los resultados de las investigaciones a uno de mis hombres, que llevaba la información a nuestro querido doctor Bachmayer, nuestro científico loco. Él creyó hasta el último día de su vida que estaba trabajando para el nazismo. Nunca se imaginó que servía a un fin superior, que no es una raza lo que hay que salvar, es toda la humanidad. Bachmayer falleció, pero terminó su trabajo, aquel que empezó Mengele. Seguramente, él descansa en paz. Ahora tenemos gran parte de la humanidad con el cuerpo preparado con un gen reactivo, y tenemos el virus que se activará. El proyecto Cuatro Jinetes. Se llama así porque al despertar el virus, comienza a mutar según los genes modificados a los que fue sometido el cuerpo del receptor. Un virus que muta según el portador... ¿Se imaginan la cantidad de combinaciones que se pueden lograr con eso? En algunas personas atacará el sistema respiratorio, en otros el sistema circulatorio, en otros el sistema nervioso autónomo, pero lo último que atacará, será lo mas fuerte. El último jinete ataca los sistemas de gobierno, la puta economía mundial. El virus aun no es perfecto. Pero me da tiempo. Necesito solo un poco de mortandad para sembrar el caos. Necesito un poder comunista lo suficientemente fuerte como lo fue la Unión Soviética en su

momento... necesito un presidente orgulloso y que piense mas en el dinero que en el pueblo, en los Estados Unidos, la meca del capitalismo... y un virus un poquito mortal. ¿Saben lo que puede hacer el ser humano por sobrevivir? Yo se los voy a decir. Por sobrevivir, y por cuidar a nuestros seres queridos, la gente mata. Ustedes matan. Y entonces, con este simple movimiento de ajedrez, tendremos una tercera guerra mundial. Entre el virus y una guerra que utilice las armas que hoy tenemos, los cálculos estadísticos de mi equipo hablan de un 38,5% menos de población mundial.

Smith se sirvió un poco de Whisky para mojarse los labios.

-Todo lo que les digo está encaminado. El proyecto Cuatro Jinetes está en su fase final-continuó... Solo necesito mover algunas fichas más... cambiar un par de presidentes... en uno o dos períodos electorales tendré todo solucionado. Les cuento todo esto para que elijan de que lado quieren estar. No piensen en una progresión a diez años... no sean de mentalidad tan pequeña... piensen en cien... en doscientos años... piensen en la humanidad entera. Ahora, les paso la mano a ustedes. Tienen ese tiempo para pensar como quieren estar de la humanidad. Mientras tanto... si yo fuera ustedes... me cuidaría un poco en el tipo de comida que escogen...

*“Nunca se alcanza la verdad, y nunca se está
totalmente alejado de ella”.*

Aristóteles

16

La elegida

La joven fue llevada al pie de un altar de sacrificios. En el recinto habían unas cien personas vestidas con túnicas blancas y capuchas estilo bonete que golpeaban bastones en el piso provocando un ruido molesto y desacompañado. En la entrada del templo habían dos enormes columnas. Tres hombres desnudos esperaban arrodillados. Atrás, en un trono había un hombre con una máscara dorada, una corona, y un cetro en la mano. A sus costados dos personas más, aparentemente de alta jerarquía pero menor a la de él, y por debajo guardias con espadas del estilo medieval. El hombre de la voz suave, hizo señas con sus manos, y todos los presentes hicieron silencio.

-Ha llegado el momento mas esperado de la iniciación de los nuevos miembros de nuestra orden. Estos hijos profanos de la tierra, que fueron elegidos por su poder, por su inteligencia, por que sin

ser iniciados han demostrado aferrarse a nuestra causa aún sin saber que existía, van a dar el último paso, para el que se prepararon desde el comienzo de este encuentro.

El hombre miró al de la corona, quien le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

-Hijos-siguió diciendo, ahora a los tres hombres desnudos-, solo quien está preparado para quitar una vida, puede crearla. El sacrificio que ustedes realizaran ahora, la sangre que será vertida, es también la semilla, el abono de la tierra fértil que traerá a la nueva humanidad.

Dos de los hombres tomaron a la primera de las jóvenes, completamente desnuda, y la pusieron sobre el altar. Uno de los hombres desnudos se puso de pie, y alguien le puso una daga en su mano. Se acercó a la mujer, que era sostenida por brazos y piernas, y sin pensarlo, gritando, le atravesó el pecho con la daga, abriéndoselo y dejando el corazón al descubierto. Con sus manos le arrancó el corazón y lo elevó mostrándoselo al hombre de la máscara, luego se lo llevó a la boca y le dio un bocado, mientras todos en el recinto gritaban y golpeaban sus bastones en el piso. Luego de dar el mordisco, el joven desnudo no soportó y comenzó a vomitar. Un grupo de personas lo levanto en andas y se lo llevó, mientras los demás lo aplaudían.

El cuerpo de la mujer muerta fue bajado al piso, y se repitió el ritual.

El segundo sacrificio fue mucho más rápido. El iniciado era un gran hijo de puta. Lo hizo velozmente y lo disfrutó. Se comió casi el corazón entero, y siguió comiendo mientras se lo llevaban en andas.

Ahora le tocaba a ella. La droga no la dejaba reaccionar del todo, pero se había prometido recuperar el control de sí misma, y en el fondo tenía una voluntad de hierro. El último hombre estaba algo cagado en las patas. Respiraba sonora y profundamente. Bufaba. Ella se dejó llevar sin oponer la mas mínima resistencia, como si ya estuviera muerta antes de que la daga se clavara en su pecho. El joven levanto la daga, miró al de la máscara, gritó y bajó el cuchillo con fuerza y torpeza. En el mismo instante en que ella sintió el grito, en un algún recoveco de su cerebro apareció el grito de madre cuando peleaba con padre. Aparecieron también todos esos años de opresión en la que solo hacía lo que le decían, en la que no era capaz de decir un “no” a ningún trabajo o pedido extra, ni contestar cuando alguien se aprovechaba de su inocencia en público. Y

todos esos recuerdos juntos corrieron desde su cerebro hasta sus venas, calentando las extremidades de su cuerpo y dándole mayor fuerza que la que ejercían sobre ella los hombres que la sostenían. Logró correrse de la puñalada en el pecho, y la hoja se clavo torpemente en su hombro, haciendo un recorrido extraño, desgarrando piel, chocando en el hueso, pero sin ser certera para matar. La joven soltó su mano izquierda, y deslizó el tornillo entre su pulgar y su índice, agarrándolo con fuerza y clavándolo en el cuello de quien minutos antes iba a ser su asesino. Ella gritó, se arrancó el cuchillo, mordió, pateó, se soltó y cayó sobre el cuerpo de otra de sus compañeras muertas, incrustándose su mano accidentalmente en el agujero abierto del pecho de la misma. Rodó en el piso, y se soltó nuevamente de varios agarres, lastimando a quienes buscaban detenerla, hasta que al fin, los hombres lograron sujetarla como correspondía. Uno de ellos tenía su cuello frágil rodeado con su brazo, y comenzó a apretar buscando matarla. El aire comenzó a irse hacia su cerebro. Faltaba poco para desvanecerse cuando se escuchó el grito.

-¡Alto!-Gritó el hombre de la máscara poniéndose de pie. Hizo señas al hombre de la voz suave, quien rápidamente corrió hacia él, escuchó unas palabras susurradas al oído, asintió y se acercó a la joven.

El hombre que tenía que matarla, yacía en el piso, con su cuerpo aun temblando por las reacciones de los nervios, con mucha sangre manando de su herida en el cuello. El tornillo había sido mejor arma que la daga.

-¡Sólo puede haber tres muertes por ritual!-gritó el de la voz suave, y levantó la daga que estaba en el piso, para limpiarla con sus propias ropas.

La bestia enorme que la tenía agarrada por el cuello la soltó, y ella se dejó caer de rodillas al piso, agitada, casi lloriqueando. El hombre de la voz suave se acercó a ella.

-Todos estos hombres aquí están armados, y son una centena. No hay forma de que te escapes... pero te dije que eras especial... el sumo sacerdote te da una oportunidad. Mataste a quien debía acabar con tu vida. Cómete su corazón, y saldrás por la puerta siendo una de nosotros... siendo una persona poderosa como jamás te lo imaginaste.

Ella lo miro, y él le extendió la daga. Su cuerpo temblaba. Tomó la daga y miró a su alrededor, estaba rodeada. Sentía que sus ojos entraban y salían de foco. Solo tenía una opción para sobrevivir. Los mismos hombres que la sujetaron antes levantaron el cuerpo muerto del hombre desnudo. Ella se acercó a él, y clavo el cuchillo, no una, sino muchas veces. Desgarró el pecho del hombre mientras gritaba con furia salvaje. La sangre le salpicó el rostro, los pechos... el hueco quedo abierto. Ella metió sus manos, y gruñendo arrancó el corazón, lo levanto hacia el cielo, mirándolo y se lo comió, como si fuera un perro devorando un trozo de carne. Los hombres comenzaron a gritar festejando. Se acercaron algunos para llevársela, pero ella les grito y les gruño, cuchillo en mano, encorvada como un animal. El de la voz suave logro acercarse y abrazarla, quitándole el cuchillo. Ella se apoyó en su pecho, y siguió comiendo el corazón. El salón estallo en gritos de festejo.

“Renunciar es la única forma segura de fallar”.

Gena Showalter

Pablo se comunico con Rubén mientras volaba de nuevo a Buenos Aires, para llegar antes que Hans. Tenía una ventaja grande, por alguna razón, el alemán no había descartado su teléfono móvil. Por otra parte, las heridas en su cuerpo le hacían tener mas deseos de triunfo. Había agarrado cierto odio por el espía. Estaba convencido de que su siguiente paso iba a ser robarle el pendrive en la Estación Terminal, y que si se defendía lo golpearía de mil maneras. Había visualizado donde y como golpearlo. Un hombre delgado de casi setenta años no podría defenderse contra su furia por las heridas de las mordidas de los perros.

-No, en mi terminal eso no va a pasar, señor Pablo-Dijo Rubén al teléfono.

-¿Cómo que no va a pasar? ¿Es una cuestión de dinero?

Rubén suspiró antes de contestar.

-No es una cuestión de dinero, es una cuestión de seguridad. Repasé cientos de veces el trabajo mentalmente, miré las grabaciones una y otra vez. Ese hombre es un profesional que está a otro nivel. Ese hombre mata. No podría arriesgar a ninguno de mis chicos allí, y menos arriesgarme a que saque un arma y la dispare dentro de la Terminal, con la cantidad de personas que transitan diariamente.

-Rubén, es un hombre de setenta años...

-Pablo, yo sé lo que digo-Contestó con fuerza-, si necesita algún otro recurso, fuera de la terminal, cuente conmigo, pero si lo veo intentar hacer algo aquí, yo personalmente lo arresto, y le estaría haciendo un favor.

Pablo cortó la comunicación y comenzó a elaborar su plan "B". Llegó a Buenos Aires, y rogó tener fortuna, y la fortuna lo escucho. Hans decidió pasar unos días en esa ciudad que tantos recuerdos le traían. Lo primero que hizo fue pasar por el bar de la calle Sarmiento, pedirle unas cervezas a la morena, y dejar algunos billetes a las chicas.

Luego caminó hasta la zona de la plaza del Congreso, y consiguió una habitación en un viejo hotel de la zona, de precios económicos, y con ventanas que daban vista a las tantas marchas de protestas de gente que transitaba hacia el Congreso de la Nación Argentina. Hasta el ruido de los

bombos y los gritos, le agradaban a Hans. Por la noche salió a la calle Corrientes, la calle de los teatros, a ver algo y comer. Nunca se imaginó, ni siquiera pensó que una persona que se había alojado en el mismo hotel se metería en su habitación, encontraría el pendrive, lo copiaría, y lo volvería dejar con el mismo detalle en el mismo lugar. Pablo seguía siendo un hombre de muchos recursos.

Al salir del teatro, Hans recibió un mensaje de texto que decía: “Hola... ..”. El rostro de Hans se desfiguró, y comenzó a correr hacia el hotel. El espía era de la vieja escuela, pero quienes trabajaban con él, no. El Pendrive tenía un software troyano que se activaba al ingresar en una computadora conectada a internet. Alguien había entrado a su habitación y copiado el pendrive. Tenían que haberse dado muchos factores para que eso sucediera, incluyendo la opción de que alguien supiese de la existencia del pendrive. La mas sencilla es que simplemente lo hubieran hecho ladrones, de los que abundan en las ciudades grandes, pero tenia que saberlo. Mientras seguía corriendo, Hans recibió las coordenadas del encendido, y era en el mismo hotel. Subió las escaleras con nerviosismo, y abrió la puerta con cuidado, mientras apuntaba con una vieja pistola Browning GP35. No había nadie. Buscó el pendrive, y lo encontró en el mismo lugar donde lo había dejado, ni un milímetro más, ni uno menos, dentro de su bolso.

-¡Arschloch!-Insultó en alemán, mientras se sentaba en la cama pensando. La misión acababa de extenderse.

*“Espera lo mejor, planea para lo peor y prepárate
para sorprenderte”.*

Denis Waitley

Misión cumplida

El maestro insertó la copia de su pendrive en su laptop, para enviarla a través de un FTPS. Toda la información se encontraba encriptada, pero eso ya no era problema. Pablo había bajado de un autobús de larga distancia, y el maestro lo había ido a buscar en su automóvil. Desde ahí se fueron a las afueras de la ciudad, a un parque que contaba con antenas de wifi, y mientras Pablo le contaba los pormenores del caso, enviaban el material

-Esto es muy importante, querido hermano. El Venerable que me lo pidió es alguien muy respetado en su país. No levanta el teléfono por que sí.

-Quizás deberíamos enviarle también las grabaciones de la conversación entre este tipo y el que murió... si yo entendí bien estaba nombrando al mismísimo Hitler

El archivo comenzó a enviarse. El maestro tomó un cigarrillo y se lo llevó a la boca.

-Nunca creí que iba a vivir algo a...

Un golpe seco cortó su diálogo, y cuando Pablo se dio cuenta que era una bala que había atravesado el apoyacabezas del asiento para impactar en la cabeza del Maestro, ya habían impactado cuatro más, destrozando también el parabrisas posterior. Pablo se cubrió la cabeza instintivamente, y se agachó. Estiró su mano hasta la llave de encendido del vehículo, pero ya era tarde. Hans abrió la puerta y lo tomó por los pelos, sacando medio cuerpo del joven hacia fuera. Lo siguiente que Pablo sintió fue un golpe con el cañón del arma que le arrancó los incisivos superiores y le destrozó los labios. El espía lo sacó hasta afuera y lo dejó apoyado entre el piso y el vehículo. Con mucho gusto le metería una bala en la frente con su pistola con silenciador, pero necesitaba un hombre vivo para llegar hasta el cerebro de la operación. Pero vivo no significaba sano. Aprovechando que lo tenía en el piso, le pegó una patada, al estilo pisotón, en el medio del pecho, quitándole el aire.

Hans se agachó y encendió un cigarrillo.

-¿Querías robar lo que había dentro de esto?-Dijo Hans, en perfecto español, mientras sacaba del bolsillo de su camisa el pendrive y se lo ponía frente a los ojos- ¡Mira!

Hans rompió el plástico del viejo pendrive, y de adentro sacó un pequeño, muy pequeño rollo de papel. Tiró el pendrive al piso, y extendió el papel, que tenía una secuencia de letras y dibujos muy pequeños.

-Esto ya está enviado. Todo tu trabajo... Inútil...

Hans tomó su encendedor y prendió fuego el papel.

-¿Para quien trabajas?-Preguntó.

-Soy detective privado... fue un trabajo para él-Masculló, con la boca llena de sangre, mientras señalaba al maestro.

Por la cabeza de Pablo volaban miles de opciones. Años practicando técnicas de desarmes en escuelas de defensa personal. Años preparándose... y este hombre no le daba una sola oportunidad, un solo hueco para hacer algo. No hacía nada estético, no se paraba como los espías de las películas, no dejaba de mover el arma y mantenerla fuera de distancia y en la mano posterior, y usaba su mano izquierda para cachetearlo y empujarlo. Si tan solo cometiera un error. Pero no lo hacía.

Hans lo cacheo, y le saco la Bersa 22. de la cintura, que Pablo había olvidado completamente que tenía.

-Juguete para cazar palomas-le dijo, mientras la arrojaba a unos metros-, te hacía más inteligente.

Veo que voy a tener que torturarte para que hables.

Hans hizo dos disparos, una cerca de la rodilla, y otro en el hombro de Pablo. Cuando el joven se inclinó de dolor, le pegó un culatazo en la cabeza para dejarlo inconsciente, y se metió dentro del auto para tomar el teléfono y la computadora del maestro. El teléfono tenía código de seguridad y lector de huellas. Hans tomó el dedo del maestro y lo apoyó en el teléfono, pero no funcionó. Estaba sucio. Hans sopló su aliento en la pantalla táctil del teléfono, y luego lo limpió con un pañuelo.

Pablo encontró su oportunidad en el culatazo. Aparentemente la maestría y los años de Hans le

habían restado un poco de fuerza, o él era un poco mas duro de lo que parecía. Fingió estar inconsciente unos segundos, los suficientes para que Hans entrara al auto. Desde el piso podía ver su pistola a solo unos metros. Su adrenalina subió, no sabía si llegaría hasta ella antes que Hans le metiera una bala en la cabeza, pero recordó que tenía también una navaja en un bolsillo. El cacheo de Hans había sido superficial. Lentamente saco su navaja. La pierna derecha de Hans estaba fuera del vehículo, apoyada en el piso, junto a él. Pablo pasó la lengua por sus labios, limpiándose la sangre. Sus gestos comenzaron a volverse algo mas animales. Acomodó la tensión de sus piernas, para poder levantarse rápido, y saco lentamente la navaja de su bolsillo.

Hans logró que el lector del teléfono tomara la huella dactilar del maestro. Se preparó a revisar rápido los contactos, cuando sintió el corte en el tendón del tobillo de su pie derecho. Apretó sus dientes para no gritar e instintivamente se giró arma en mano. Pablo se había levantado y salido del rango de tiro de la puerta abierta. De un salto el joven había rodado por el piso hasta su arma y se había vuelto hacía el vehículo. Pablo corrió alrededor del auto disparando y gritando, como en sus épocas de jugador de paintball, pero con solo trece municiones. Hans también disparó. Las balas de Pablo se acabaron, lo notó cuando se dio cuenta de que seguía presionando la cola del disparador pero no salían disparos. Hans ya no disparaba tampoco. Pablo se acercó de a poco, apuntando por puro reflejo, por que su arma ya era inútil. Hans no contestó. Cuando se asomó a la puerta descubrió que dos de sus balas habían impactado en el rostro de Hans. Una de ellas había ingresado por el ojo izquierdo. El cuerpo del viejo temblaba en sus últimas convulsiones. No había sido una mala muerte. Había muerto en su ley. Un hombre como Hans no podía morir en un geriátrico.

“La verdad jamás daña a una causa justa”.

Gandhi

18

Francia

El venerable esperaba sentado en un tradicional café parisino, con vista a la torre Eiffel. Vestía un traje negro demasiado clásico. Había románticas parejas cerca, y gente sacándose fotos. Cerca de él, sus escoltas privados lo cuidaban.

Pablo se acercó rengueando, con su mochila en el hombro, vestido con jean y una remera blanca. Uno de los guardaespaldas del Venerable le arrimó una silla, y se volvió a alejar.

-Espero que las operaciones en su dentadura y su rodilla le permitan recuperarse pronto, querido hermano. Se lo ve bastante bien.

Pablo se acomodó en la silla. Una mesera le acercó un menú.

-Gracias por todo.

-A Usted. Los abogados también se encargaran de los asuntos legales. Todo quedará como un robo malogrado. Una pena que hayamos perdido en el medio a un hermano tan querido... un hombre de bien... y usted se merece una explicación por ello-Dijo el Venerable antes de dar un suspiro, y tomar un trago de café-... Mucho antes de que usted naciera tuvimos en una de nuestras logias un joven muy inteligente, hasta el punto de decir que era genial... una de las grandes mentes de la humanidad... a ese nivel. Pero su inteligencia sobrepasó su don de buena persona. Lamentablemente suele también ser un rasgo distintivo de muchos genios. Con muy poca edad quiso ser incluso la cabeza de la hermandad, pero planteaba un tipo de intervención que no tenían nada que ver con la masonería. Como usted sabe, la masonería no es la que hace las cosas, son los masones, y ser masón no te hace ni mejor ni peor persona. Como sea, con el tiempo este joven decidió abandonarnos, y se transformó en una de las personas mas poderosas del mundo, aunque siempre trabajando en las sombras. Su vanidad está en lograr cosas, no en mostrarse. En algún momento, pensamos que podría intentar algo contra nosotros, es alguien peligroso, pero no lo hizo. También sabía que no tendría sentido enfrentar una sociedad civil tan antigua, y con tantos practicantes en todo el mundo, que ya sobrevivió a demasiados imperios que han querido exterminarla. Creo que también minimizó nuestra existencia, aunque usó algunas de nuestras costumbres para crear una sociedad secreta muy oscura, con ideales totalmente opuestos a los nuestros. Nosotros creemos en la libertad, ellos creen en la dominación para crear un mundo mejor. Su sociedad secreta creció peligrosamente, con muchas personas de gran capacidad monetaria. Solo buscaba poderosos. A la vez, infiltró gente en los grupos de personas mas selectas del mundo. Incluso en el club Bilderberg, que es donde comentó el último de sus planes en una reunión privada. Este hombre es quien vio el futuro de las guerras biológicas. Creo un virus de exterminio, pero lo peor es que preparó reactivos en la humanidad a través de la modificación genética de los alimentos y los viene infiltrando en las empresas alimenticias desde hace décadas. No sabíamos el lugar exacto del científico que trabajaba para él, pero descubrimos en Sierra Leona un laboratorio donde el espía que usted conoció retiraba investigaciones. Nos faltaba el último tramo de su investigación para conocer la estructura del virus y trabajar sobre

una vacuna, pero inclusive teniendo la información, podrían llevarnos años trabajar en eso. Ahora no tenemos nada. Empezamos nuevamente de cero...

-Quizás no todo este perdido-Respondió Pablo.

-¿Qué quiere decir?

Pablo abrió su pequeña mochila, para sacar el equipamiento del Sistema de Conservación Digital de la Escena del Crimen, CONDEC 360°. Tenía dentro de ella cuatro de las cinco cámaras que grabó en la casa de Bachmayer, una pequeña computadora con un sistema operativo Linux, y un par de gafas de realidad virtual. Los equipos tenían el dibujo de un ave con las alas extendidas, sobre un círculo rojo.

-Este es un sistema ConDEC, un protocolo argentino de una empresa privada para la conservación de la escena del crimen que trabaja con la Policía de la Provincia de San Luis. Está computadora no tiene ningún tipo de conexión a internet, y posee software muy veloz para visualizar videos inversivos grabados con estas cámaras 360. Perdí una en la explosión-Pablo encendió la computadora-, pero alcancé a tomar las otras cuatro. Cuando el espía me mostró el pequeño papel con las letras y símbolos, recordé que había visto eso en otro lado-Pablo le entregó las gafas de realidad virtual al Venerable-... en el pizarrón de Bachmayer.

El Venerable se colocó las gafas, y se encontró dentro de una réplica de realidad virtual del laboratorio de Bachmayer.

-¡Sacre Bleu!-Expresó-¡Estas letras son las secuencias del ADN del virus! ¡Y las otras pueden ser de algunas de las modificaciones genéticas de los alimentos!

-Espero que sirva-Dijo el joven.

El Venerable se sacó las gafas y llamó a uno de sus hombres. Pablo guardó el equipo en la mochila, y se lo entregó al agente de seguridad.

-No se cuánto tiempo tendremos, y probablemente nos lleve años, pero esto es un inicio. Enviaremos esto a investigadores de todo el mundo. Cambiaremos la genética de los alimentos nuevamente. Intentaremos que el problema sea menor al que ellos esperan... que el exterminio no sea tan grande...

-¿Necesita que haga algo más por usted?-dijo Pablo.

-Por favor, tómese un café conmigo en silencio... estamos en Paris. Es digno de disfrutar.

La torre Eiffel se mostraba majestuosa e imponente en el horizonte.

“Lo inevitable hay que enfrentarlo”.

Mujica

La turista

El Señor Smith lucía mas viejo y mas sabio en su yate anclado en Montecarlo. Su sonrisa seguía siendo la misma de siempre. El hombre de la voz suave, el del ritual, se acercó a él.

-Ella viene a verlo.

-Que se acerque, hace mucho que no la veo.

La joven se acercó a él, y le tomó la mano para besarle un gran anillo de oro, con una representación de la máscara que Smith llevaba en las ceremonias. Ella no era la joven asustadiza e inocente que era antes del secuestro. Lucía bella, y sofisticada, con un vestido que debía costar mas de lo que gana en un año cualquier mujer profesional de un buen trabajo.

-Maestro, aquí estoy.

-Hija mía, siéntate conmigo-Contestó Smith invitándola a sentarse en una reposera junto a él-. Te llamé para pasar a la fase final de mi plan, y el inicio del próximo.

Ella se sentó en la reposera. Sus piernas bronceadas se veían largas y esculpidas. Smith hizo una seña con la cabeza, y un hombre se acercó con una caja metálica de la que extrajo una jeringa. La joven extendió su brazo delicado, adornado con pulseras de oro y anillos con diamantes. El hombre inyectó algo en ella, que suspiró mientras recibía el pinchazo.

-Vas a ir Wuhan, a encargarte de algunos negocios.

-Me encanta china.

Smith sonrió.

-Perfecto, porque voy a recomendarte algunos lugares para visitar... necesito que estornudes mucho en ellos.